

Entonces tosió la pulga, y dió así principio á su curiosa y verídica historia.

—Creo que nací en el rabo de un pollino pardo, miserable, humilde, trabajador y apaleado, además, como suelen ser en el mundo todos los humildes y trabajadores. Mi ascendencia se pierde en la noche de los tiempos: cónstame, sin embargo, por tradición, que soy pulga de sangre real y muy rancia; tanto, que de mis abuelos, unos se alimentaron á costa del pellejo del rey Wamba; otros anduvieron saltando de peña en peña y de oso en oso por las inmediaciones de Covadonga, y esos picaron varias veces á don Pelayo; finalmente, pulga hubo que fué á la conquista del Nuevo Mundo entre unas calzas viejas de Hernán Cortés. Pero volviendo al rabo del pollino, cuna donde me columpié en mis primeros días, este cuadrúpedo (no la cuna sino el pollino) tenía

un amo que merecia la albarda mejor que él; pues le alimentaba poco y mal, y no le guardaba consideracion de ninguna especie: así es, que tomé el partido de saltar del susodicho rabo, con sendas esperanzas de hacer mi suerte mas llevadera, á otro cuerpo mas lucido y relleno: y dando brinquitos me puse encima de un perro mastin que guardaba algunos hatos de corderos y cabras. No bien me sintió el perro en su oreja izquierda, fuese á echar junto á los pastores, que á la sazón estaban discurrendo el modo cómo habian de robar al mismo señor que les mantenía. Segun lo que pude oír, quedaron por de pronto en zamparse un famoso borrego, y decir que se lo habia comido el lobo. Comenzaron despues á ordeñar las cabras, encargándose una moza que allí presente estaba de llevar á la próxima ciudad dos cántaros de leche, cuyo producto re-

partirían luego entre sí buenamente los fieles pastores, sin dar al amo cuenta de ello; para que se verificase el antiguo adagio de: *Cria cuervos y te sacarán los ojos*. No pude menos de vengarme á mis anchas de aquellos tunantes, y al objeto, llamé y convoqué para una asamblea á todas las pulgas, representantes como, yo, de la mas estricta moralidad, y que conmigo estaban sobre el perro, y nos fuimos derechitas á los pastores, quienes aquella noche sufrieron, por nuestra parte, el condigno castigo. Era de ver qué gresca se armó entre ellos; quien se rascaba la punta de la nariz; quien se frotaba las piernas; uno se llevaba las formidables uñas hácia las regiones occidentales de su cuerpo; otro acudia con una ligereza lamentablemente estéril al polo opuesto. Uno de los pastores, mi víctima, comenzó á perseguirme de tal modo que

hubiera yo muerto, á no plantarme en el jubon de la moza que decia en voz baja, aparte de los demas:

—Lo que es veinte ó treinta cuartos bien puedo sisar á los pastores, si llego á vender los cántaros: todo se reduce á decirles, si despacho la leche á cuatro el cuartillo, que solo me ha valido tres y medio cada uno.

No quise picar á esta moza, porque real y verdaderamente era una obra de caridad que ella robase á unos ladrones, si bien su intencion nada tenia de piadosa, antes era tan perversa como la de ellos.

A la madrugada marché con la moza á Murcia, mirando de reojo sus largas y enormes uñas, aquellas infernales uñas que me estremecian como si fuesen de escribano ó de ministro; pero, á Dios gracias, llegué al término de nuestro viaje buena y sana, ha-

biendo tenido la precaucion de esconderme en una costura, en donde dormí un rato, y desde la que disfruté por espacio de algun tiempo del bello paisaje que por aquellos sitios presenta la naturaleza á los ojos del observador curioso.

Lo primero que encontramos al entrar en la poblacion, fué una señora elegantemente ataviada, para ser tan temprano, con dos doncellas (así llamadas) que la seguian y sin duda iban á misa. Figurándome que en aquella señora encontraría alimento abundante y delicado, y ademas mullido lecho, al pasar junto á ella me introduje en su pecho y... señor mio, allí encontré sendos copos de algodón, el corsé embutido de lo mismo, y un cútis pegado á las costillas como con obleas. Las tripas de la señora rugian horrorosamente como si pidiesen comida; por lo visto yo estaba sobre una

apariencia andando; mucho boato por defuera, y nada por dentro.

Metímonos en un templo allí vecino, y á poco la señora introdujo en su faltriquera una carta que con cautela le entregaron. Yo la leí de cabo á rabo, como aficionada y curiosa. Era la carta de un cortejo que citaba á mi huésped al campo, para cuando su marido saliese, como de costumbre, á un pueblo inmediato á ver su escasa hacienda. No tenia el diablo por donde desechar á la buena mujer. El almizcle que consigo llevaba me trastornó bastante, y así determiné dejarla en paz y sentar mis reales en otra parte.

## II.

Verifiquélo en la capa del dueño de un café, cuya mujer habia comprado los dos cán-

taros de leche, á los cuales tuvo á bien añadir seis cuartillos de agua, como luego lo hizo saber á su marido, con gran contentamiento de este, que aun quisiera bautizarlos mas. Acertó á entrar en el café un poeta larguirucho y desgachado; y me metí en uno de los bolsillos de su chaleco donde, la verdad sea dicha, no habia mas que ocho cuartos, esto es, la precisa cantidad para beber un vaso de leche aguada, con azúcar molida, á lo menos azúcar parecia; y eso que á mi aguda vista no se le escapó que tenia su correspondiente dosis de harina, con cuyo ingrediente blanqueaba que era un gusto. Alguna obra traia á vueltas en su imaginativa nuestro poeta, á inferir por lo que sudaba, y ademas por un cachete que asentó en su frente, cuando á mí me sintió. Yo, á pesar de la indirecta, proseguí en mi agradable tarea, mas por entrete-

nimiento que por aversion que hubiese cogido al vate. Tales cosquillas pude hacerle, que el pobre y sensibilísimo alumno de las nueve tuvo que levantarse, habiendo perdido tal vez un pensamiento, una inspiracion feliz. Mas no hay que acusarme de ladrona, pues le hice al poco tiempo una restitucion *in integrum* y aun con usura, inspirándole con mi feroz tenacidad una *bonita* y ligera composicion á *Una pulga*, que improvisó allí mismo, y tal, que nunca hizo otra mejor, segun se colige de estas estrofas que recuerdo, y que pueden arder en un quinqué:

¡Oh tú, vicho infernal,  
que clavas tu puñal  
en mi frente sublime, celestial;  
asi un rayo inmortal  
te mande á la region sepulcral!

Tus patas son fieras,  
con ellas me desesperas  
como aquel que no puede comer peras;

tú haces que me salgan mil ojeras,  
y hasta que mueras  
me martirizarás de mil maneras.

Eres peor que un nublado,  
que destruye el ameno sembrado;  
eres peor que un estofado,  
mas bárbara que el soldado  
que corre ensangrentado  
con el morrion viejo destrozado.

Es de notar que esta clase de gente saca tanto provecho de las satisfacciones como de los disgustos de la vida. Salen de un oficio de difuntos, agarran la pluma, hablan de *féretros, sombras y agonías*; en seguida van á un baile, y despues zurzen unas líneas rebosando *carcajadas, festines, cabelleras y calabazas*. Ello es cierto que muchas veces mueven á compasion, pues suelen ser delgaditos como las cañas de centeno, estrafalarios como estudiantes de la sopa, derrotadores, cuando tienen qué, como capitalistas, y andan hambrientos, casi siempre, como los que co-

bran del Estado. Encuéntranse en todas partes, como nosotras; son capaces de entrar por el hondon de una aguja; sacan á relucir las faltas de sus prójimos, y á costa de ellos fabrican muchas veces el edificio de su gloria, pues por lo que hace al de su prosperidad, no hay para qué molestarse en pensarlo.

Fuí acompañando á nuestro poeta á su casa, en cuyo piso bajo (que los hijos de las musas suelen habitar en las troneras de los tejados) vivia un panadero, hombre honrado, como luego se verá, y en cuya chaqueta me encaramé en un decir *Jesus*.

El poeta subió á su aposento, y el honrado panadero, despues de saludarle á su manera, se metió en el suyo; y, cuando creyó que nadie le observaba, comenzó á rociar el trigo que destinado tenia á la venta en grano, con un escobajo que introducía en un gran caldero de agua, y que manejaba como un

hisopo. Hecha esta operacion , sacó de un talego una infinidad de menudas chinas, pajas y broza, que mezcló tambien con el grano , echando de las primeras en la sal , de que tenia toldo , para vendernos de esta manera gato por liebre.

—«¡Oh conciencia de garabato! esclamaba yo para mis adentros.—¡Agradece á los buenos temporales que corremos el que no te delate por tus bribonadas!»—Y como si me hubiese oido, cesó de repente en su vituperable, entretenimiento , que así menguaba su honra como acrecentaba su codicia y sobre todo sus haciendas.

Aparecióse un calesero, que salia por la tarde para Madrid , y viendo yo la ocasion que se me presentaba de correr tierras, me puse encima del látigo que aquel llevaba en la mano. De alli á poco subimos á la galera, carruaje español neto , pesado é incómodo,

que apenas se conoce en otros países, y es muy comun en el nuestro; especie de antítesis de madera que se revela contra el galope del siglo, y que puede servir de termómetro á nuestra civilizacion. Iban en la galera un ex-fraile, un ex-oficial primero de la gefatura política de Murcia, una hermana de este, un baratero gaditano, dos sopistas y un perdido que venia del Peñon de la Gome-  
ra de cumplir una condena, en amor y compañía de una hembra no muy ganada, tuerta y de mala catadura, y ademas mi persona.

Como ya he dicho, las galeras son pesadas é incómodas, pero todo lo vence una buena aficion á viajar, y el entretenimiento que proporcionan los chistes é historias que en ellas salen á relucir. Quejábase el ex-fraile de que el gobierno, lejos de darle su mantenimiento como se lo prometiera á la faz de la nacion, le tenia en ayunas, desnudo

y vilipendiado de todo el mundo; decía que los pueblos también estaban hambrientos de pasto espiritual, arruinados los conventos, sus ministros perseguidos y apagadas las lámparas del templo; en fin, que España era un laberinto, un infierno. El ex-oficial apoyaba al ex-fraile, y este replicaba:

—Amigo, ya se va usted desengañando de lo que es el mundo: hace pocos días tenía usted un empleo del gobierno, y entonces decía que todo marchaba perfectamente, sin dignarse echar una mirada compasiva al que ahora tiene el honor de hablarle. Pero, como *á cada puerco le llega su San Martín*, á usted le llegó el suyo, sin ser usted puerco, que antes bien limpio y lavado le veo. Quiero decir que á usted le despojaron de su destino, y ahora pone el grito en el cielo; porque, desengañémonos, al que le duele, le duele.

—(¡Qué tonto es este hombre!) dijo para sí el ex-oficial. Y luego dirigiéndose al ex-claustro, respondió:

—Así es, señor fraile. Veo que tiene usted cierta penetración..... Mire usted, aquí viene mi señora hermana doña Quiteria, que es la misma que tiene usted á su derecha, y que.....

—A los piés de usted, muy señora mia y de todo mi aprecio; en Lugo tiene usted una casa á su disposición,—interrumpió el ex-fraile, mirando á doña Quiteria.

Y el hermano de su señora hermana, siguió:

—Digo que á mi señora hermana doña Quiteria, le ha sobrecogido tanto la noticia de mi destitución, que los ataques de nervios, el histérico, la jaqueca, y, en fin, todas las plagas parece que han caído sobre ella, á Dios gracias.

—No, á Dios gracias no; (esclamó vivamente doña Quiteria) gracias á los benditos ministros, á quienes deseo que se queden pegados para siempre á las poltronas, ya que tanto es su cariño hácia ellas. Pícaros, bribones, insolentes.....

—¡Quiteria! ¡Quiteria! vamos callando, dijo el hermano de su señora hermana.— Perdonen ustedes,—continuó volviéndose á los demas compañeros de viaje,—ya he dicho á ustedes que padece de los nervios.

Los sopistas retozaban con la tuerta, y la tuerta y los sopistas, guiñándose los ojos y pellizcándose, se reian desaforadamente de la señora doña Quiteria, que iba sepultada como una lagartija entre unos baules. El reverendo P. M. miraba á aquella perversa canalla con aire de gravedad; la canalla proseguia en sus trece; y el baratero y el presidiario, con los calañeses sobre el cogote,

fruncian el ceño como si se dispusiesen á trabar alguna reñida y descomunal batalla.

Entre todas las vidas y milagros que allí salieron á luz, ninguna hubo mas interesante y curiosa que la del presidiario, la cual este refirió como sigue:

—En un lugar de Castilla la Vieja, de cuyo nombre me acuerdo, y no quiero decir, vivia un tal Periquito Chispas, hijo de su padre y natural de su pueblo, y esto baste. Era el Chispas chiquitito, como suele ser la mayor parte de los Pedros, vivo como su apellido, colorado como un tomate, con la cara siempre mas aseada que el agua clara, la patilla corrida como una mala mujer é igual hasta la barba, chaqueta corta con los puños vueltos, lengua larga y manos limpias como zanahorias: todo lo cual indicaba á tiro de fusil el oficio en que Chispas se ejercitaba, pues era el de barbero. Este tal, como

otros tales, habia contratado hacer la barba al pueblo por doscientas fanegas de trigo, pagadas tan religiosamente, que en tres años que allí estuvo nuestro héroe, no le quedaron á deber ni un grano. El estúpido ayuntamiento le habia autorizado, en uso de su soberanía, para que ejerciese, ademas de su primitivo oficio, las profesiones de médico y cirujano: así es que el Chispas no cabia de satisfaccion por las calles de la aldea. Él recetaba al buen tun, tun, á diestro y siniestro, y unos sanaban por su natural robustez ó poca violencia de las enfermedades, y á otros, que eran los mas, se les llevaba Pateta.

Acostumbrado Periquito á tratar con aquellos hotentotes, que aplaudian sin cesar su comportamiento, y, sobre todo, la manera de curar asnos y cebones, afeitar y tañer la vihuela, se puso de muy mal talante y tem-

bló por su suerte, luego que acabó sus estudios de abogado el hijo de un ricachon del lugar; amostazándose mucho mas viéndole ya en casa de sus padres, precisamente al tiempo de la eleccion de justicia, de la cual le destinaban para alcalde, no á Chispas, sino al abogado. Sucedió *ad pedem litteræ* lo que nuestro buen barbero, temia. Romero, que así el licenciado se llamaba, quedó elegido alcalde; mas por entonces nadie se acordó de Chispas, ni aun Romero, quien no habia tenido ocasion de conocer hasta entonces la inestimable alhaja que el pueblo poseia.

Cayó enfermo el tio Calvo, uno de los regidores de aquella muy imbécil corporacion municipal, visitóle Chispas (¡ójala que no le hubiera visitado!), le dispuso un comimiento de tres ó cuatro yerbajos, y le sopló cuatro soberanas sangrías. Ni por

esas: la dolencia se agravaba de dia en dia, de hora en hora, viendo lo cual la mujer del regidor, fué á consultar con Chispas, á quien dijo:

—Señor cerujano, mi hombre dice que cómo no le recetais alguna melecina, á ver qué tal le pega.

—Voy, voy corriendo,—contestó Chispas, tomando en sus diestras manos la funda de una almohada en donde tenia metidas, para ocasiones como aquella, unas veinte recetas copiadas de un autor antiquísimo y desacreditado por lo visto.

—Pues señor (continuó Chispas), veremos si le toca una buena. A las tres va la vencida.

Y diciendo y meneando tres veces la funda á guisa de quien juega á la lotería, sacó una receta, leyóla, y arqueando las cejas, tosiendo y poniéndose á bailar como un bolero, exclamó lleno de júbilo:

—Ni pintiparada; esto es lo que le conviene al tío Calvo; y si esto no le saca adelante, dígola, tía Josefa, que no saben una jota todos los médicos y cirujanos del mundo; porque como dijo muy bien el famoso licenciado Mirlo-Mirlas-Mirlare-Mirlavi-Mirlatum, no hay cosa mejor, que la que mas conviene.

Marchóse corriendo la buena mujer, y ya en su casa, dijo al tío Calvo:

—Mire, hombre, el señor cerujano opina que le ha caído güena boleta.

Mandaron á otro pueblo por la botica, y la tomó, sin dejar gota, el tío Calvo el regidor, con lo cual á los tres dias era cadáver, á pesar de lo que dijo el famoso licenciado Mirlo-Mirlas-Mirlare-Mirlavi-Mirlatum.

### III.

Luego que Romero supo tan infausta

nueva, y cuál era la causa, mientras Chispas tornaba al pueblo, de otro inmediato, á donde habia ido á afeitar, se avistó con el sacristan, advirtióle que no tocase la campana, y llamando á Chispas, no bien se apeó este de un desventurado asno, le condujo á casa del tio Calvo, y le preguntó, ya en ella:

—¿Cuándo se pone bueno este hombre? ¿Se nos quiere usted desacreditar, señor Chispas? A ver, á ver qué tal, tómele usted el pulso.

Hizo nuestro barbero lo que se le ordenaba, y frotándose las manos con cierta algazara, exclamó:

—Pues, señor, ya está bueno y sano; una poquilla de calentura tiene aun, pero no es cosa, y sino repare usted cómo duerme.

Hizo señas el alcalde á Chispas, á fin

de que le oyese afuera una palabra; y, saliendo entrambos á la calle, le dijo:

—Señor Chispas, ó señor dromedario, si en el término de media hora no toma usted las de villadiego, le zampo á usted en un calabozo como dos y tres son cinco, sin que le valga la bula de Meco. ¡Uf! Huya usted, huya usted. ¿Cómo se entiende, decir que tiene calentura un muerto? Darle debiera á usted una y buena, despues de lo ocurrido. Quítese pronto de mi presencia, ó sale de aquí á pedradas como San Estéban.

Conociendo el pobre barbero que el alcalde estaba dispuesto á dar una alcaldada, manifestádoselo mas espresivamente que con palabras, agachó las orejas, fuese á casa por los chismes del oficio, y puso piés en polvorosa, con el firme propósito de nunca hacer mas boletas, ni meterse en camisa de once varas. Mas hizo la casualidad

que por allí cerca hubiese un subdelegado de medicina, que, noticioso del caso, dió parte á la autoridad local de la intrusion y hazañas de Chispas, á quien se arrestó, se le siguió una breve causa, y se le sentenció á comer el pan del Peñon de la Gomera por espacio de seis años.

—¡Vaya un tuno que seria el tal Chispas! esclamó el ex-fraile.

—Poco á poco, contestó el presidiario encolerizado; el Chispas soy yo en cuerpo y alma, tan honrado ya como su paternidad; pues si bien es cierto que cometí los escesos, que yo mismo acabo de referir, para que sea mas completa mi espiacion, no lo es menos que ya los he purgado, cuando hoy dia veo pasear millares de intrusos en todas carreras, á ciencia y paciencia del gobierno; solamente, que al que le coje le coje, y yo me entiendo y bailo solo.

— ¡Y yo qué tengo que ver con eso? replicó el ex-claustrado. Que baile usted solo ú acompañado, me importa un ministro de Hacienda, aunque maldito si el asunto es tal que merezca bailarse. Pero hablando francamente, es verdad lo que usted dice; en tanto que gentes sin principios medran y engordan, se comen los codos los hombres que han gastado su salud y sus pesetas en una carrera honrosa.

El baratero escuchaba todas estas razones con la boca abierta, como si le hablasen en griego; y por no entenderlas, comenzó á cantar unas playéras andaluzas, que, por el pronto, disiparon el mal humor de los otros compañeros de viaje. Los sopistas le acompañaron despues, pero tan sumamente mal, que aquello era un guirigay, una oficina al estilo del dia. La señora hermana del ex-oficial de la gefatura de

Murcia, principiaba á afectarse de los nervios.

Por fin, llegamos á Madrid; yo iba un poco mareada, á causa del áspero y desigual movimiento de la galera; pero el fresco que por la tarde se levantó de la parte de Guadarrama, me dió la vida.

Pasaba á la sazón por la puerta de la mensajería en que paramos, un hombre sordo como una tapia, según observé luego, acompañado de un jóven que, al parecer, era su ayuda de cámara, mayordomo ó cosa por el estilo. El viejo iba diciendo á voces (como hablan los sordos):

—Oye, Joaquin; ¿no te parece que vayamos á dar un paseo hácia el Campo del Moro?

—Sí, señor, á mí me parece bien todo lo que usted quiera, contestó Joaquin; añadiendo por lo bajo: ¡Por vida del viejo!

¡Pues no se empeña en llevarme siempre por esos trigos, huyendo de la gente y del día como los murciélagos!

—¿Qué dices, muchacho?

—No digo nada.

—Me pareció que murmurabas entre dientes.

—No señor, antes voy cantando de gusto. (¡No puedo con la rabia!)

—Joaquin, muchacho.....

—¿Qué quiere usted?

—Creo que vas cojeando. Bien te lo dije yo: «cómprate unas babuchas de orillo, holgadas, como las mias, y no esas botas que destrozan los piés;» pero si ha de ser la moda primero que la comodidad..... adelante.

—¡Habrás visto hombre mas atroz que este! ¡Y que tenga uno que bailarle el agua, por necesidad!

—Lo mismo que el sombrero; ¿hay cosa

mas fea que un sombrero? ¡Cuánto mejor estarias con una gorra de nútria y de visera verde, como la mia!

Abandoné muy pronto á esta desdichada pareja, y me fuí saltando á la cuadra; donde tenia sus carruages el marqués de los Palillos. Lo primero que atisvaron mi ojos fué dos coches brillantes y magníficos, á la entrada; luego nueve hermosísimos caballos, bien mantenidos, y en un rincon, dos lebreles ingleses y una perrita de aguas, negra como una mora, los cuales gruñeron en el momento de traspasar yo los umbrales. El suelo estaba limpio como una sala de estrado, y las paredes blancas como la nieve. Admirábame yo de tanto lujo y ostentacion, y admirábame mas aun de que gastase ese lujo el marqués de los Palillos, quien, á inferir por la relacion de los palafraneros, tenia mas deudas que pelos en la cabeza.

Arrimóse una viejecita á la puerta, pidiendo una limosna por Dios, mas se la despachó al punto ; y como ella porfiase , pues era sorda, la despidieron inhumanamente aquellos valerosos mancebos, riéndose del sombrerillo de paja que cubria la cabeza de la anciana , del parche que en la nariz llevaba, y de la muleta que le servia de apoyo. ¡ Ni un ochavo habia dejado á sus sirvientes, para socorrer á un pobre, el espléndido marqués de los Palillos!

De mozo en mozo , de caballo en caballo y de perro en perro, anduve hasta la hora del teatro, hora en que me acurruqué en un coche y marché con el marqués , la doncella y la esposa del de los Palillos, especie de zambomba, con mas músculos que un puesto de carne , mas olores y unguentos que una droguería , y casi calva de no sé que enfermedad que la habia puesto á punto de mo-

rir. No habló el matrimonio una sola palabra en todo el camino, indicio harto significativo de que entre los dos consortes no reinaba la armonía que manda la Santa Madre Iglesia.

Repetíase, por segunda vez, aquella noche una comedia nueva, original, en verso, y la concurrencia no pudo ser mas escasa, aunque segun oí, en cambio en la plaza de toros no habia quedado por la tarde hueco para colocar un alfiler, de apretada que estuvo la gente. La marquesa entró en su palco, acompañada de la doncella, y allí permaneció, consumiéndose y rabiando toda la noche, mientras su marido hablaba acalorada é incesantemente con cierta niña, en el palco de enfrente. La mamá de la niña no perdió ni un solo verso, ni una palabra, ni una sílaba, en tanto que su hija y el marqués se puede asegurar que se quedaron en

ayunas, dulcemente distraídos en sabrosas pláticas.

Yo notaba todo esto desde el hombro de un músico, el cual, para soplar la trompa, alargaba dos varas de cuello, á manera de avestruz. Confieso que en los entreactos temblaba yo como una azogada, oyendo la orquesta, los bastonazos, los silvidos y la gritería de la gente, de la gente que, como he dicho, no concurrió á proporcion de la que hubo en la plaza de toros, si bien aquella noche convirtió en corral de vacas el teatro del Príncipe.

Concluida la función, salí con el músico para su casa, y mientras cenó unas albondiguillas estuve en la cabeza de un enorme gato, desde la que me colé en la cama, á lo calentito. Pero el demonio del músico, creo que era compositor: así es que, estando yo en mi primer sueño, me despertó tirándose

de la cama y encendiendo un velon de hoja de lata. Sentóse al piano, en camisa, como estaba, y con un gorro blanco y puntiagudo en la cabeza, que le daba cierta semejanza con el mismísimo demonio; y dale á una tecla, y dale á otra, pudo conseguir que le ocurriese algun pensamiento, pues tomando una pluma (de pavo por mas señas) comenzó á emborronar papel, diciendo:

—Ello trabajo le cuesta á uno alcanzar alguna fama, pero... ¡cómo ha de ser! Si concluyo mi ópera intitulada «*El Bruto de Babilonia,*» estoy seguro de que nadie se vuelve á acordar de Bellini, de Donizetti, de Mayerbeer, ni otros pelagatos.

No bien pronunció estas palabras, le acometió un acceso de tos perruna tan tenaz, que hubo de levantarse y abandonar su tarea, exclamando:

—No, porra, esto no va conmigo; vol-

vamos á la cama, que al que se muere le entierran; dejemos esto para mañana, que mas vale mi pulmon que una idea y que *El Bruto de Babilonia*.

Apagó la luz, y se envolvió en las sábanas, que no eran de Holanda, ni menos pensarlo, sino de lienzo estopeño, *con mas puas que un erizo*, á pesar de ser el trompa, hombre aficionado al lujo que cae por de fuera, que es lo que llama la atencion del mundo; si bien despertaban la del cuerpo del músico las pajas y nudos del lienzo, que le estregaban la piel magníficamente.

#### IV.

Subí con mucho trabajo á un piso tercero, y en un cuartito, especie de ratonera, pues no tenia mas de grande, me hallé con dos hombres en torno de un velador de

pino. El mas jóven de ellos, que, por las trazas, llegaba entonces á Madrid, decia al otro en estos términos:

—¿Pero es posible, padre Anton, que no me conozca vuestra Reverencia? ¿Tanto me habrán desfigurado los aires de América?... Mire usted con atencion, mire usted estas lágrimas, estas lágrimas de gratitud hácia el hombre que enderezó los pasos de mi juventud, mi maestro, mi padre, pues yo no tengo mas padre que usted...

—¡Dios mio! (esclamó el P. Anton, levantándose y tendiendo los brazos al recién venido) ¡Dios mio! Serás tú Salvador? ¿Cómo es que te vuelvo á ver, á estrechar contra mi corazon?... Siéntate, hijo mio, siéntate y cuéntame todas tus alegrías, tus penas todas, para regocijarme con las unas ó llorar contigo las otras.

—Pero ¿cómo es que le encuentro á us-

ted aquí, padre mio, tan solo, tan desgraciado, y á su edad?

—Atiende, Salvador. Ya sabes que la revolucion nos arrojó de los conventos, sumiendo bajo su carro de fuego á los malos ministros de Dios, y á veces atropellando á los que con santa veneracion cuidaban de la limpieza del tabernáculo. Yo no me quejo de la revolucion: Dios sabe en sus altos fines, si habrá convenido á nuestra patria: mas lo que puedo decirte es que, en medio de mi conformidad, de este sufrimiento que procuro aliviar con la paciencia, como otro Job, algunas veces maldigo la perversidad de mis hermanos, los hombres. Sí, Salvador, la perversidad de los hombres me tiene de la manera que me ves. Perseguido, porque me acusaban de complicidad con los partidarios del príncipe rebelde (á quien nunca serví, ni con el pensamiento), hube de refugiarme al

pueblecito de mi nacimiento, en el cual no conocia á nadie, pues las personas de mi edad habian muerto. Allí ganaba mi sustento cavando la dura tierra; pero como las fatigas del campo fuesen superiores á mis cansadas fuerzas, determiné venir á Madrid. Aquí, á Dios gracias, no me faltan unas sopas y un pedazo de pan, ya con lo que recojo de algunas almas caritativas, ya tambien con lo que reuno haciendo cordones y flores de mano, y enseñando á leer y escribir á cuatro niños de unos señores que retribuyen mis trabajos mejor que yo merezco. Sí, hijo Salvador; este es el reverendo padre abad de Santo Domingo; á esta miserable situacion se vé reducido aquel á quien tú y los demas hermanos de la comunidad besábais la mano respetuosamente.

El solitario viejo derramaba cada lagrimon, tamaño como un garbanzo de *Fuente*

*el Sauco*, y el mozo no cesaba de repetir con una voz lastimera, mezclada de indignacion:

— ¡Haciendo flores de mano y cordones!  
¡Enseñando á leer y escribir un trémulo anciano casi ciego!

Mas sosegados los dos, dijo el mozo:

— No tema usted, padre mio; ya se acabó para usted la miseria: mañana mismo tira usted esos chirimbolos y se viene conmigo á mi tierra, sin mas dimes ni diretes.

Medio trastornada yo con la escena que ante mis ojos pasado habia, tomé la determinacion de abandonar aquella casa, é irme á distraer un rato á la primera reunion que topase; y así, torné por el mismo camino, y en un periquete me planté en la suntuosa y lucida sala del marqués de Ciruelos. No pedí permiso á nadie, antes bien entré como Perico por su casa, sin estar convidado. Dije

que me planté en la sala, y no fué así, sino en un pasadizo donde amigablemente conversaban dos caballeros, los cuales se habian retirado á aquel sitio para tratar de sus negocios con mas holgura y secreto.

Al uno de ellos, largo como un pendon de cofradía, con los cabellos erizados, corbata blanca que le llegaba hasta las orejas, y levita con honores de bata ó ropon talar, todo se le volvia hacer visajes y ridículas muecas. Ya torcia la boca, cuyo labio inferior era mas grueso de lo que las regulares proporciones piden; ya arqueaba las pardas cejas; ya, en fin, meneaba la cabeza, como apoyando cuanto el *otro* le decia. Era el *otro* un hombre que no llegaba al pecho del primero; pero se echaban de ver en sus ojillos encarnizados una travesura y un brillo particulares, imposibles de describir. Trataba este de comprar nada menos que un conven-

to de Dominicos, cuya construccion habria costado tal vez tres ó cuatro millones, por la friolera de seiscientos mil reales en papel. Al dia siguiente se verificaba el remate en Madrid, y queria hacer sin duda un buen regalo al hombre largo, que era de la comision, si ponía la finca en sus manos; todo lo cual se le prometió alegremente el de los visajes, quien sudaba de gusto y decia al chiquitin:

—Amigo, nadie ha medrado mas que tú con los trastornos. Te pareces á aquellos alcornoques, que estendiendo sus ramas.....

—Suprime las comparaciones.

—Por suprimidas; pero no dejaré de recordarte aquel refran que dice *á rio revuelto, ganancia de pescadores*. Yo no sé cómo te las has compuesto, que hoy eres uno de los primeros capitalistas, cuando ayer.....

—Silencio, por Dios.

—Eras un.....

—Por Dios, silencio.

—Permíteme que me desahogue, ayer eras un monedero falso, clarito.

—¡Ya! como tú eras.....

—Que nos oyen...

—Un espia de don Carlos.....

—Que me pierdes.

—Y hoy un moderado como una loma.....

—¡Dale!

—Y mañana te circuncidarás y te convertirás.....

—No, perdona; lo que es en cuanto á eso, te juro que.....

Aproveché un momento en que no se bailaba, y me planté sobre el rodete de una linda coqueta, de unos diez y siete años, rubia, fresca y sanota. Acercóse un elegante á sacarla para un rigodon que le habia prometido; y como ella no pudiera evadirse de semejante moscardon, le contestó:

—Con muchísimo gusto, caballero.—Y le miró y se sonrió diciendo entre dientes:— Mejor quisiera un cólico cerrado.

Salté encima del elegante, que se ar-  
rimó á un corro de jóvenes decididos á rom-  
per un par de zapatos, y uno de los cuales  
preguntó á nuestro héroe:

—¿Qué tal? ¿Ha habido calabazas?

—Todo menos eso; Carlota es mia por  
ahora: así me lo ha dicho con una sonrisa,  
con una mirada y un acento tan angelicales,  
que es cosa de volverse uno loco.

—Mira no tomes el rábano por las hojas  
y te figures que lo que es meramente urba-  
nidad, es deferencia y amor.

—¡Quiá!

—Carlota observa siempre esa con-  
ducta aun con las personas que le son  
mas indiferentes, y es fácil que te llesves  
chasco.

—¡Yo chasco! ¡Serle yo indiferente! Es imposible; Carlota me idolatra.

—Adelante.

Yo misma oí luego las mas estupendas calabazas que española haya dado jamás.

En un rincon, donde pasé inmediatamente, estaba la viuda de un contador, con su hija única, la apreciable Gumersinda Canillejas. Hacía la corte á esta muchacha un rico usurero, mas feo que una contribucion de sangre, cara de consejo de guerra y cuerpo lleno de manchas como un lagarto. El buen hombre (digo el hombre malo, que no puede haber usurero bueno) se atragantaba al significar á la de Canillejas su volcánica pasion, la cual se echaba de ver en sus encandilados ojazos de gato. De lo que menos se acordaba la apreciable Gumersinda era de corresponderle, pues tan mal pagaba sus groseras finezas y despóticas súplicas. Pero

la madre de nuestra *apreciable* (como la llamaba el usurero) echaba de menos el lujo, el trato y las antiguas conveniencias desde que habia enviudado; por lo cual ponía buena cara al hombre de las manchas, con el fin de pescar su metálico, al paso que pellizcaba á la apreciable Gumersinda y la tenía molida á pisadas, sin dejar por eso de amonestarla por lo bajo acerca de lo mucho que á todos convenia tan sobresaliente colocacion. Gumersinda no quitaba ojo á un comandante de infantería que por allí pululaba; pues aunque este no podia revolverse de trampas, era jugador y calavera si los hay, y tonto si los hubo, al menos tenia un soberano bigote y un cuerpo garboso, prendas que llaman la atencion de las doncellas de ogaño.

Atisbé en un extremo de la sala al niño del marqués de Ciruelos, y me chocó verle muy entretenido y acurrucado detras de una silla,

donde estaba uno de esos mocitos que, por presentarse algo acicalados en sociedad y alternar con gente de alto coturno, son capaces de ayunar quince dias á pan y agua. Picóme la curiosidad y me acerqué al precioso niño, que tuvo la gracia de cortar con unas tigas de plata el faldon del frac del infeliz que delante de él estaba. Bailábase entonces cotillon, y nuestro mancebo comenzó á valsar, y la gente á reirse de su coja y mutilada prenda. Él miraba á todos sin saber de qué se reian, y todos le miraban á él repitiendo un coro de carcajadas de cuatro bemoles y medio. Aturdido el desventurado, manteníase mas sério que un juez, corrido como una mona, volado como un vencejo; hasta que, compadecido el marqués de Ciruelos, se llegó á él. Hubo un momento de silencio compasivo, casi lacrimoso; dijeron al pobre diablo lo que sucedia... mas y mas risas; el niño bailaba de



gusto ; Gumersinda Canillejas daba de codo al hombre lagarto ; la viuda del tesorero se limpiaba dos lagrimones que le cayeron rodando hasta la boca ; el hombre largo y el hombre chico, que habian entrado, se frotaban las manos con cierto compás. Por fin, el marqués levantó al niño en sus paternales brazos, diciendo á todo el mundo :

—Este, este bribonzuelo ha sido. ¡Si es de la misma piel del diablo!

—¡Ji! ¡ji! ¡ji! ¡ji!

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

—¡Jo! ¡jo! ¡jo! ¡jo!

La gente comia á besos á la alhaja del nene, y nuestro héroe de farsa decia para sí:

—¡Qué talentazo de Ciruelito! ¡Lástima que no sacase un ojo á su padre, á ver si entonces se reian! ¡Quinientos reales me cuesta la funcion! ¡Pobre de mí!

Y luego en alta voz decia:— ¡Qué diablo de chico! es una perla 'y como si esto no fuese bastante, sacó un puñado de caramelos, y se los dió.

De la sala me introduje en un bonito gabinete , donde habia seis mesas de juego , á la manera de un café ; si bien es cierto que en los cafés solo se permiten algunos juegos en sitios retirados, huyendo de las pesquisas de la autoridad, y en estas casas particulares se consienten la banca, el golfo, el tresillo tirado y otros por el estilo, que arruinan familias enteras.

## V.

No era esto lo que mas me admiraba; y sí el ver mezcladas con los caballeros algunas señoras, que apuntaban de firme, y que así perdian las onzas como si fuesen puña-

dos de moscas. Una, especialmente, mala-gueña, y no despreciable, al paso que jugaba despedía sendas bocanadas del humo que suministraba á su boca un veguero de á cuarta.

Estravióse por arte de birli-birloque una caja de oro, en que un tal don Lucas Peñíscola, secretario de cierto obispo, llevaba el rapé de Kentuke con que barnizaba interiormente su nariz de mico. No quedó rincón que no se mirase, ni mueble que no se viese, ni diligencia que no se practicara; pero la alhaja no parecía. Un teniente de línea, que fué quien mas sentimiento é interés mostró por dicha pérdida, despues de dar mil vueltas por el gabinete, salió hasta la escalera en busca de ella. Como yo soy chiquita entro en todas partes, y como entro en todas partes estoy acostumbrada á escudriñar los mas recónditos secretos. De este

modo he adquirido una esperiencia, un tino, un conocimiento de los hombres (visto lo que son) que rara vez me equivoco Por estas razones, y maliciando del teniente, me introduje en uno de los bolsillos de su casaca, y lo primero que ví fué la preciosa caja. Acabé de convencerme de la moralidad que existe en eso que se llama *gran mundo*.

Y mas y mas me aferré en este convencimiento, con lo que me sucedió en breve en el seno de una señora, como de treinta años, que á la entrada del gabinete estaba, vestida de luto por haberse ido á viajar en posta á la eternidad su buen marido. Contaba su desgracia la señora, á una especie de estátua, que tal parecia una jóven descolorida como la pared, de ojeras profundas y ojos tristes y abatidos. Decia la enlutada á su compañera, que á no ser poco menos que á la fuerza nunca hubiera ella concurrido á la

tertulia del marqués: que ya las fuentes de sus ojos estaban secas de llorar y su corazón cansado de padecer; que para ella el mundo no tenía atractivos de ninguna especie, que aborrecía á los hombres, y que todo lo miraba con la mayor indiferencia desde el fallecimiento de su querido esposo. Acompañaba este discurso con unos ademanes tan vehementes, tan estremados, que parecía ser verdad lo que contaba, y hubiera ablandado el corazón de un zorro.

En tanto que ella proseguía en sus lamentaciones, yo me enteraba letra por letra, palabra por palabra, y renglon por renglon, del contenido del billete que en mi escondrijo hallé, y decía así:

«Mi idolatrado Enrique:

»Aun no he recibido contestacion á ninguna de las que últimamente te escribí. Cualquiera que haya sido la causa de esto,

repito en la presente que mi marido ya está *en el otro barrio*, <sup>1</sup> de lo que me alegro infinito, <sup>2</sup> pues él hubiera sido en todos tiempos un obstáculo á nuestro amor. Yo te adoro mas que nunca; todo lo que he heredado será tuyo; y espero con impaciencia el momento de estrecharte en mi amante corazon, como otras veces. Ahora es preciso tapar la boca á todo el mundo, y por esto llevo traje de luto, pero en mi interior nadie sabe lo contenta que estoy.

TUYA: RAMONA.»

Conociendo yo la perversidad que se abrigaba en uno de los círculos mas brillantes de la corte, y deduciendo de aquí lo que sucederia en otros de igual clase, formé

<sup>1</sup> Histórico.

<sup>2</sup> Idem.

el proyecto de observar lo que se llama *vulgo, plebe, gente del pueblo*. Al efecto, me despedí, á *la francesa*, del marqués de Ciriuelos y compañía, y entré de allí á un gran rato en una taberna de Lavapies.

Alrededor de una grande y mugrienta mesa de pino, y á la luz suave, por falta de aceite, de dos negros candiles, habia media docena de guapos, mezclados en amable desórden con cuatro galopinas, descaradas y habladoras por demas. Devoraban unos sendos tasajos de carne medio cruda; jugaban otros al cané, y á varios juegos no menos ilustres; quien se reia broncamente, haciendo temblar las paredes del bodegon, que eran del color de los candiles; quien tañia una vihuela de cuatro cuerdas, á cuyo son bailaban tres gachés y otras tantas doncellas... *cuando Dios queria*.

Presidia el sarao, comilona, ó lo que

aquello fuese, un hombre viejo, cuyos ojos atravesados indicaban la rectitud problemática de su conciencia. A su derecha estaba su hija, moza de diez y ocho años, linda como una rosa entre ásperos cardos, con quien retozaba un valenciano de nerviosa y atezada musculatura. El tal valenciano, maldito si se recataba del papá de la muchacha, antes por la inversa, repetía sus bruscos ataques ya abrazándola, ya comiéndola á besos, ya... todo lo que el señor presidente de aquella nobilísima y prudente asamblea, celebraba á la grande, echando vino por los ojos, vino por el semblante y vino hasta por las pestañas.

Una de aquellas benditas hembras urdia con un gaché el modo de robar á una señora que salía al día siguiente para Fuen-carral á visitar unos hermanos suyos. El robo no era difícil, pues la señora llevaba

por toda compañía un criado, que ya estaba seducido.

Contaba otro á su compañero, que á él le prometian quinientos duros si santiguaba por detras á cierto personage de los que mas figuraban en la córte; y mientras tanto un escelente camarada, viendole bastante chispo, le sacaba de la chaqueta un pañuelo de seda de la India, que sin duda habria limpiado su entonces poseedor.

Trabáronse en disputas los que jugaban, y de esto hubieran pasado á golpes, á no meterse de por medio el amo del bodegon, hombre encorvado bajo el peso de una media naranja que sobre sus espaldas llevaba, y que exclamó con voz de Noé:

—Haiga paz entre ruines, y no se diviertan los burros y paguen los arrieros, pues entadia me escuecen los dos ducaos en dinero contante y sonante que por vues-

tra causa tuve que aflojar no ha muchos dias. Con que silencio, y sino por la puerta se va á la calle.

Contestóle un cojo:

—¿Qué es lo que habla de ruines y burros, joroba del diablo? ¡El ruin es él y el burro de carga!

—Mira, (replicó el viejo) si yo tengo un peazo de carne mas, tú tienes una pata de menos; y estoy para mí que entre ruin ganao.... ¡pues!

—Poco hay que escojer.

—Ahí está el golpe.

—Y no escupas al cielo que en el rostro te cairá (saltó otro dirigiéndose al cojo;) por eso naide pue decir de esta agua no beberé, y por eso es malo poner fartas; pues el que mas y el que menos tien por qué cayar; si uno es visojo otro es tuerto, si uno es manco otro tiene unos cinco man-

damientos que es una bendición de Dios.

En esto se iba apaciguando la chusma, y yo me disponía á salir, cuando tropecé á la misma puerta de la calle, con un par de agentes de P. y S. P., los cuales andaban tratando el modo cómo beberían á costa del prógimo; y como hubiesen oído antes algunas voces, de aquí tomaron pretesto para entrar, como lo verificaron, y yo tras ellos. Pusiéronse en pié los de adentro, cuando vieron aparecer aquellos dos alanos, de los cuales uno dijo:

—Vaya, señores, que no tengamos que tomarlo por la mala, pues me sería muy sensible: diviértanse ustedes sin perjuicio de nadie, sin andar en jaranas y como amigos.

El señor presidente, en nombre de sus compañeros, brindó con la cena y el jarro á los de la policía, que, sin hacerse de rogar, tomaron asiento y comenzaron á manducar

tan de veras, que un tunillo, sobre quien estaba yo, dijo á su niña:

—¡Me gusta el aquel de los hombres! Mira qué bocazas abren; si paece que no se han desayunao en toa su vida; eso si que es lo que se yama *vivir sobre el país*; marchando de aquí repetirán la misma junction en otra parte, y *esta es la justicia que mandan hacer*.

Ello fué que los encargados del órden público salieron de allí á una hora templados, sin ser guitarras ni bandurrias; pues si bien no era el vino muy superior para tanto subirse al palomar del cuerpo, presumo que estaba compuesto de yeso, carne de gato, cal y otros ingredientes no menos provechosos.

Cuando todos estaban alegres y calentitos como unas castañas asadas, se repitió el baile. Brincaban las muchachas, que era una maravilla el ver qué variaciones hacian con

los piés, y como los vestidos se les emigraban á los países mas distantes de las piernas. Los manolos no se descuidaban; tropezábanse; á uno se le caia el sombrero, á tal moza una liga, que la ataba el mas listo. La bodegonera, mas fogosa que un hierro caliente hasta el grado blanco, embriagada con el tinto y con las brutales caricias del viejo presidente, estaba mas triscadora y alegre que una cabra; el bodegonero se hacia el *griego* á las amistosas chanzonetas que su cara mitad gastaba con algunos de los parroquianos; porque el viejo era hombre de poca aprension, como que no teniendo *mus*, lo buscaba aunque fuese trepando por una pared, saliendo á un camino, ó forzando una cerradura.

Luego me encajé en el hocico de un perro que rebañaba los platos, lamia el mojo, y no hacia caso de tres tajadas so-

brantes, sin duda por haber pertenecido á algun ser de la misma especie que él. Así el bodegonero se llenaba de pesetas.

En fin, señor mio, sobre costal mas ó menos, observé en aquel sitio los mismos vicios que en la casa del marqués de Cirue- los, con una diferencia, y es que en la sala del marqués los vicios eran hipócritas y en- mascarados, y en el bodegon reinaban la mayor familiaridad y franqueza. Luego que cada mochuelo se fué á su olivo, cansada yo y con jaqueca, me dormí sobre una paja que habia en una ventana, pero un remo- lino de viento me arrebató, y no sé de qué manera he venido á parar á la prision en que ahora me encuentro.

Viva usted en la persuasion de que na- die me desmentirá en lo que he contado; es la verdad sin rodeos, es el espejo de muchas de las malas costumbres de la sociedad en

que ustedes viven, pues á retratarlas todas no alcanzaria el talento de un hombre, cuanto mas el de una criatura casi imperceptible y miserable como yo. No he relatado todos mis peligros, todas mis angustias, todas las persecuciones que mil veces me han puesto á los bordes de la tumba; porque ni soy romántica, ni llorona, ni menos gusto de que los demas se entristezcan oyendo mis cuixtas. Quanto mas buena he sido, mas desgracias han caido sobre mí: otras pulgas pican sin conmiseracion, llenan de manchas el cuerpo de los hombres, á quienes hacen rascarse con un entusiasmo desgarrador y esas se ven repletas y lucidas; yo, por el contrario, me he portado con cierta prudencia, y por lo mismo parece que el infierno me ha tenido sobre ojo. Lo propio sucede con los hombres; el que mas chupa, mas rollizo, el mas perverso mas respetado.

El que yo haya dicho verdad, no solo no será buena recomendacion, sino que tal vez, por decirla, perezca inocente; que la verdad en estos tiempos es un crimen, la lisonja ó la mentira merecimiento. Estas razones doy, no por meterme á filósofa, pues ni siquiera he puesto una vez las patas en la universidad de Salamanca, ni en aula alguna; doilas porque así lo quiere mi corazon. Si, pues, con esta franqueza no consigo mi libertad, entonces buenas noches, que no soy yo de aquellas pulgas que por salir airosas de un empeño, hacen traicion á sus sentimientos. Conque al puente ó al vado; ó muero ó vivo: si lo uno, máteme usted, y descanse, y duerma despues de haber acometido una tan heroica empresa, como es la de dar muerte á una pulga; con tanto y aun con menos se ensoberbecen los hombres todos los dias. Si he de vivir suélteme usted, y acaso no tarde

mucho en venir á distraerle otro rato con las observaciones que recoja por esos mundos de Dios.»

Aquí remató su historia la mas ilustre é ilustrada pulga que han conocido los siglos. Yo me quedé estupefacto, como quien vé visiones. ¿Seria ingrato y cruel con quien, ademas de proporcionarme algunos momentos de recreo é instruccion, me pedia la libertad con tanta valentía y frescura?... No tuve valor para matarla... y luego un dulce sueño se apoderó de tal manera de mis sentidos, que la pulga no volvió á parecer por mas que la anduve buscando por encima y entre la ropa de la cama.

1844.

FIN.

## INDICE.

---

	<u>PÁGINAS.</u>
Profesion de fé.....	9
Dos de Mayo.....	21
Una golosa.....	63
El otro.....,.....,.....	79
El Rastro de Madrid.....	93
La pulga errante.....,.....	113











1031479